

## **Tipología de necropolíticas en el continente americano:**

### **la muerte lucrativa de Norteamérica a Sudamérica**

**Ariadna Estévez**

Durante el primer semestre de 2021, ocurrieron diversos incidentes en diferentes lugares del continente que indican que hay una política de muerte a lo largo de la región, de Alaska a la Patagonia, aunque se exprese de diferentes maneras. En abril, a casi un año del asesinato de George Floyd en Minneapolis, en la misma ciudad de Minnesota, Estados Unidos, la policía asesinó al joven afroamericano Daunte Wright mientras le levantaba una infracción de tránsito. Al mismo tiempo, el policía responsable del asesinato del primero era sentenciado por ese crimen. Cientos de personas protestaron en Brooklyn Center, al noroeste de Minneapolis, y escenificaron saqueos y disturbios. La respuesta del presidente demócrata Joe Biden fue mandar a más de 500 miembros de la Guardia Nacional e imponer un toque de queda. No obstante, las protestas se extendieron a otras ciudades, como Portland y Seattle.

Asimismo, en junio, la represión política en Colombia contra quienes se oponían a la reforma tributaria fue virulenta contra las clases populares de las periferias de las ciudades más importantes del país, incluyendo Bogotá y Cali. Aun cuando el presidente Iván Duque Márquez retiró la reforma del Congreso y dijo respetar las protestas, no sólo desvirtuó la revuelta social diciendo que entre ellos había criminales, sino que dio órdenes de disparar contra quienes estuvieron en la calle. Mientras que la respuesta represiva del presidente Duque era típica en el contexto del autoritarismo latinoamericano, las tecnologías de muerte empleadas hablaban de la sofisticación de la necropolítica americana que ya había encendido alertas en las protestas de Chile de 2019. A diferencia de Chile, en Colombia ya no se utilizaron balas de goma dirigidas directamente a los

ojos de los activistas, si no que se disparó a matar, como una cacería. O mejor aún: se usaron tanquetas con lanzadores de proyectiles. Ya no hay sutilezas ni humanismo que medie entre la represión y el hacer morir.

Simultáneamente a la represión en Colombia, en la Ciudad de México hubo otro escenario de política de muerte, diferente en sus tecnologías, pero similar en los objetivos: producir muerte entre los más precarizados de las periferias urbanas. Unas 80 personas resultaron heridas y 26 murieron después de que se derrumbara una viga que sostenía las vías elevadas de la línea 12 del Metro. La línea Dorada, como se le conoce, comunica el centro de la ciudad con una de las zonas periféricas más marginadas. La causa fue mantenimiento pobre de una estructura diseñada con el fin de ahorrar dinero a los inversionistas y el gobierno local, que está en manos de la izquierda desde hace más de 20 años. La política urbana diseñada con desprecio a los pobres es, como la represión política, una necropolítica frecuente en el continente y no es privativa de la derecha.

Desde que Achille Mbembe escribió por primera vez acerca de la *Necropolítica* en África en un artículo publicado en *Public Culture* en 2003, muchas académicas hemos encontrado en este concepto una herramienta con la cual analizar críticamente las diversas formas en que los poderes económicos legales y criminales lucran con la muerte de seres humanos cuyas vidas se han vuelto mercancías, objetos desechables una vez que carecen de valor comercial. Yo empecé a hablar de necropolítica en 2011, cuando leí la traducción del libro de Mbembe. Desde entonces me pareció que el concepto ayudaba a describir lo que ocurría en lo que generalmente conocemos como tercer mundo, en particular México. Posteriormente, con su *Capitalismo Gore*, Sayak Valencia *mexicanizó* del término disgregando analíticamente las particularidades de la política de muerte en México. Esto me pareció un indicio inequívoco de que la necropolítica tenía variaciones ontológicas dependiendo las geografías.

Para examinar y eventualmente revelar las particularidades contextuales y subjetivas de la necropolítica, me parece crucial retomar lo que Donna Haraway denomina el “conocimiento situado”, es decir, la producción de un conocimiento que repare en las especificidades que producen las subjetividades en juego, como el género, pero también la geografía, los espacios neocoloniales donde operan los necropoderes legales e ilegales. Situar el conocimiento necropolítico en América implica ver sus variantes nacionales y problemas específicos, entre los que destacan las geografías de muerte para migrantes, la muerte generalizada y sistemática de afroamericanos en manos del poder judicial y la policía, ecocidios, violencia urbana, política estatal represora, la vivienda como espacio de muerte, el asesinato a jóvenes, el feminicidio y la represión.

Para analizar las particularidades de las necropolíticas que ubicamos en el continente americano - desde Alaska hasta Tierra del Fuego- he hecho una tipología de necropolíticas, las tecnologías para ejecutar lo que he denominado la *muerte lucrativa*. Con muerte lucrativa me refiero a la muerte colectiva generada para que las corporaciones y las bandas criminales obtengan ganancias de los recursos que los asesinatos liberan o que los propios cuerpos producen.

En el continente hay cuatro tipos de necropolíticas, producidas en la historia política de dominación, autoritarismo poscolonial y de desprecio por las minorías étnicas y los pobres: 1) el ejercicio del poder político que produce muerte sin diferencia de ideologías (necropoder político); 2) la desechabilidad de las vidas de los pobres, los indígenas, los afrodescendientes y los migrantes; 3) la creación de espacios naturales y urbanos de muerte; y 4) el uso del poder judicial para producir espacios mortales.

La primera característica es quizá la más aterradora porque el poder (necro)político en el continente siempre produce muerte independientemente de si gobierna la derecha y su oligarquía económica y militar, o la izquierda autoritaria y su neoliberalismo popular. El Estado en América recurre a su

monopolio sobre los medios de coerción y los poderes económicos y criminales que lo capturan para establecer su dominio y responder a las revoluciones sociales pacíficas y otras protestas contra la política económica y social neoliberal. Como lo indican los ejemplos con los que abrí este artículo, el necropoder no tiene un lugar fijo en el espectro político americano: la izquierda de López Obrador es tan depredadora de la vida como el gobierno de Biden, el de Duque, y para el caso, cualquier otro gobierno neoliberal del continente.

La segunda característica, la desechabilidad de ciertas personas, es la radicalización poscolonial del desprecio por los pobres, los indígenas, los afrodescendientes, las mujeres y los migrantes. La radicalización de la voluntad de producir y administra muerte es lo que distingue al necropoder del poder colonial o incluso poscolonial. El necropoder americano de derecha e izquierda garantiza los intereses oligárquicos y criminales deshaciéndose de las poblaciones que estorban en la reproducción de sus intereses económicos y cuya humanidad es minimizada. Se diseñan necropolíticas que conducen a la muerte a los pobres, las poblaciones afrodescendientes, los indígenas, ya sea para eficientar recursos, gentrificar ciudades o explotar los recursos de los lugares que habitan. Dentro de estas poblaciones las mujeres siempre son las más afectadas. Es suficiente ver la política migratoria del gobierno de izquierda de AMLO, o la Biden, que en términos de deportaciones ha resultado más virulenta que la del mismísimo Donald Trump, quien era abiertamente racista contra mexicanos y centroamericanos.

La tercera necropolítica es fundamental para situar el conocimiento necropolítico en el continente. La ocupación poscolonial de los espacios sociales y las geografías explotables permiten a los necropoderes americanos crear territorios de injusticia permanente donde se puede segregar a los desechables. Es suficiente con ver las actividades de las mineras canadienses en México o en territorio indígena en Canadá para constatar esto. Finalmente, el uso del derecho y el poder judicial

para crear muerte nos refiere a situaciones como el abuso policiaco contra afroamericanos en Estados Unidos, igual que la criminalización de las protestas en Chile y Colombia.